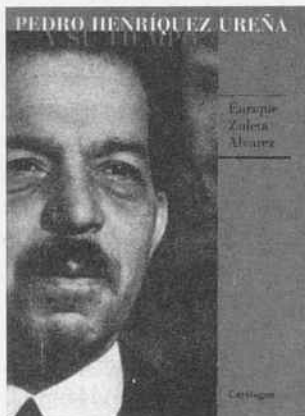


## Un retrato moral



EN LA MAÑANA del 11 de mayo de 1946, Pedro Henríquez Ureña llegó a la editorial Losada, de la que había sido uno de sus principales impulsores desde su fundación en 1938, con su traje negro de siempre y el aspecto más fatigado que de costumbre. Tenía 62 años y desde muy joven se había impuesto una ambiciosa tarea intelectual que no conocía tregua ni reposo. Se mantenía firme, a pesar de los achaques y el trabajo que le desbordaba, gracias a su extraordinaria fuerza moral. Francisco Ayala, al verlo aquel día tan abrumado, le sugirió que no viajara a La Plata a dar sus clases de costumbre y que se quedara a uno de esos almuerzos que Gonzalo Losada gustaba de ofrecer a sus invitados. Don Pedro vaciló, había faltado ya el día anterior a su cita universitaria por encontrarse indispuesto y decidió cumplir con sus obligaciones. Nada extraño. Al llegar a la estación su tren estaba partiendo y corrió para alcanzarlo. Ya en el vagón se encontró con el profesor Augusto Cortina, su colega en La Plata y con quien solía compartir el trayecto. Se acomodó despacio. "¿Cómo le va?" -le preguntó Cortina. Henríquez Ureña se llevó a la frente el dorso de la mano derecha semicerrada con gesto de fatiga y acto seguido se desplomó. Falleció en cuestión de segundos. Un médico que viajaba en el tren certificó la muerte debida a una embolia. El entierro fue una demostración del pesar que causó la desaparición del más universal, tal vez, de los tres humanistas que había producido hasta ese momento la América hispana, en palabras de Amado Alonso, coautor, con don Pedro, de la Gramática castellana publicada por Losada (1939) y pensada muy especialmente para el estudio de la lengua en la enseñanza media. Para Amado Alonso los tres nombres clave eran Andrés Bello, Rufino José Cuervo y Pedro Henríquez Ureña.

Sin embargo, la vida de este hombre, nacido en Santo Domingo en 1884, había estado llena de dificultades y contratiempos, de modo que no todo fueron discípulos capaces de reconocer la autoridad de un maestro autodidacta. Así se comprende después de leer la vigorosa, formidable y documentada biografía escrita por el historiador argentino Enrique Zuleta,

aventajado discípulo a su vez de un discípulo de don Pedro: Ezequiel Martínez Estrada. No hay nada más reconfortante que comprobar cómo la pasión por el saber puede transmitirse con tal integridad de una generación a otra, ni que sea a contracorriente de los tiempos o de circunstancias personales.

Muchas veces todo depende de la oportunidad de un maestro. Y evidentemente Henríquez Ureña lo fue, como muchos otros de aquella generación pionera, sobre cuyos hombros recayó el peso de la fundación nacional. Su trabajo no conoció fronteras ni limitaciones y así como Andrés Bello, por ejemplo, puede ser gramático, poeta, crítico literario, legislador, periodista y político, Henríquez Ureña fue un humanista integral que, por citar un ejemplo, no dudó en aceptar una cátedra adjunta de literatura inglesa en La Plata, dado que la que mejor se correspondía con su labor investigadora -centrada en el ámbito del hispanismo-estaba ocupada. Para su habilitación debía desarrollar la obra de cinco escritores. Don Pedro eligió a las hermanas Brönte, George Elliot, William Thackeray, George Meredith y Thomas Hardy. Pasó su examen el 4 de abril de 1928 sin la menor dificultad, pues había aprovechado a fondo la oportunidad de conocer la cultura anglosajona durante su estancia en Estados Unidos, a los 17 años. No obstante su valía intelectual, fuera del menor asomo de duda, siempre tuvo dificultades para ocupar el puesto académico que se merecía, primero las tuvo en La Plata y después en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El juicio de Enrique Zuleta es tajante en ese aspecto y bordea la indignación:

“Triunfaron la envidia por su saber y su prestigio moral e intelectual, el resentimiento por el lugar relevante que se había ganado en la vida cultural argentina y americana. Henríquez Ureña fue rechazado porque poseía una personalidad ética insobornable, inaccesible a las maniobras de las camarillas habituales en la universidad (...). Quienes conocen la vanidad y el egoísmo de los círculos intelectuales, agravados en el caso de la universidad por los celos y el temor a la competencia profesional, pueden imaginar las causas por las cuales un hombre de la calidad de Henríquez Ureña debió encontrar enemigos y escollos. En ambas universidades, además, había

caudillejos de la política menuda y prestigios falsos que se mantenían a fuerza de la debilidad cómplice de los colegas, trenzados por motivos inconfesables” (págs. 225-226).

Las fuentes biográficas de las que parte Enrique Zuleta para su estudio son básicamente dos: los textos autobiográficos del propio PHU (*Memorias. Diario*), editados en un solo volumen también por el eminente historiador en 1989 (Academia Argentina de Letras); y la correspondencia con Alfonso Reyes, inestimable para el acercamiento psicológico y la comprensión de ciertos estados de ánimo, difíciles de reconstruir, imagino, dada la absoluta reserva que hacia todo lo personal mantuvo el humanista dominicano como norma de conducta (y, en ese sentido, su forma de morir no pudo ser más coherente con esa actitud estoica y sufrida que siempre le había caracterizado). La verdad es que ya la lectura de las memorias y el diario, que debo al propio Enrique Zuleta, me había dejado estupefacta. No recuerdo nada parecido, pero eso requiere una explicación. Ambos textos revelan la tensión intelectual, la actividad febril desarrollada permanentemente por PHU como forma de vida y de realización personal, pese a su juventud y al carácter azaroso del destino familiar a partir de un momento crucial. Las memorias son de una precocidad extraordinaria pues el filólogo empieza a redactarlas antes de cumplir los 25 años y, según dice al comienzo de las mismas lo hace porque “ya he vivido lo bastante para temer que en mi memoria comiencen a formarse lagunas”. Hay, desde luego, esa voluntad de registrar los detalles de una formación intelectual vivida con una pasión absoluta y que podemos dar por concluida a los 25 años, pero comparto plenamente la autorizada opinión de Zuleta cuando subraya un propósito más profundo que el mero repaso de los esfuerzos llevados a cabo hasta ese momento. Y es que a Henríquez Ureña le pasaba lo que a la mayoría de los jóvenes: que la realidad no estaba a la altura de sus aspiraciones. Por entonces vivía en México y llevaba una mediocre vida de oficinista que le permitía subsistir pero que no era de su agrado y que él compensaba entregándose a la lectura en sus horas libres e implicándose en la transformación cultural del país de acogida. Pero el hiato estaba ahí y debía ser un motivo de tortura permanente, y más si pensamos en que don Pedro no

tenía la menor duda en cuanto al destino que se había trazado años atrás, cuando no era más que un niño poseído por un ideal. De modo que el relato tiene mucho de autoafirmación personal frente a la hostilidad que le muestra el entorno. Un entorno que no dejará de ser duro y terroso para él y que, como escribe Zuleta, contribuirá al endurecimiento de su ya severísima actitud ante el mundo y la vida.

El momento crucial en la vida de los Henríquez Ureña al que me refería más arriba tiene que ver con la muerte de la madre, Salomé Ureña, una mujer de relieve y prestigio en los círculos cultos dominicanos que había fallecido de tuberculosis cuando el futuro filólogo contaba 14 años. Su influencia en la formación de sus hijos era grande: "...había llegado a ser para mí la guía espiritual consultada a cada momento" -recordará el joven todavía desconcertado al tener que enfrentarse a la nueva situación-. Y da la impresión de que el adolescente intentará compensar el vacío ocasionado por su muerte- que por cierto derivó en un retraimiento que ya no le abandonó- con lecturas, proyectos literarios, tertulias, traducciones, estudios y todo tipo de empresas culturales, como recordará años más tarde Max Henríquez Ureña en unas notas autobiográficas, "Hermano y maestro" (1950), comentadas al paso por Enrique Zuleta. Es una voracidad por el conocimiento y el cultivo del espíritu, una avidez por ver y saber, por tomar como paradigmas de la propia existencia a los más grandes y por creer en el milagro de una dominicanidad viva y fecunda, que conmueve. ¿Cómo alguien puede cargar con la enorme responsabilidad de querer dejar el mundo, su mundo, mejor de lo que lo encontró? Es una ambición desmesurada y, al mismo tiempo, legítima de la cual Enrique Zuleta proporciona a través de su reconstrucción biográfica un testimonio necesario. Veamos un pasaje de sus memorias, elegido al azar casi, cuando reside en Nueva York, adonde viaja acompañando a su padre y a su hermano mayor, Francisco. Allí, decía, mejora su inglés, se vincula a un grupo de dominicanos, mantiene sus colaboraciones literarias y aprovecha todo lo que Nueva York puede ofrecerle, sobre todo en música y teatro. La evocación que hace el joven Henríquez Ureña de sus primeros días neoyorquinos ya da el tono característico de sus escritos autobiográficos:

"En aquellos primeros días me dediqué con ahínco a los teatros: rara vez iba a los ingleses, pues no podía entender todavía a los actores; pero fui alguna vez a ver el *Hamlet* con Sothorn y Virginia Harned, *El mercader de Venecia* con Nat Goodwin y Maxine Elliot; en el teatro alemán de Irving Place, vi *La dama de las camelias* con la vienesa Helena Odilon; y, sobre todo, vi a Sarah Bernhardt en *La dama de las camelias*, dos veces en *L'aiglon* de Rostand y hasta en una piececita de Leon Gozlan, *La pluie et le beau temps* que hizo con Coquelin en una función del Metropolitan Opera House a beneficio del empresario (...)."

Sigue con la ópera y con las lecturas (no menos de un libro al día) y hay pasajes que pierden toda discursividad para transformarse en una especie de centón de nombres y de obras: dramaturgos, actores y actrices, compositores, músicos, bibliotecas... Tanto las memorias como el diario que escribe a continuación pueden leerse como el testimonio de esa borrachera de erudición y cultura en la que sobresale la tenacidad del joven por conocerlo todo. No es de extrañar que al cabo de un tiempo, cuando su padre decide instalarse en Cuba pueda decirse a sí mismo, satisfecho del deber cumplido: "No dejé Nueva York con pena; sentía que la gran ciudad me había enseñado cuanto debía enseñarme y que ahora su enseñanza, moral e intelectual, debía servirme para vivir entre mis gentes".

Tanto la escritura de sus memorias primero como de su diario después se vio pronto desbordada por el trabajo y las obligaciones. De modo que, para reconstruir las etapas obviamente más fecundas de su vida, Enrique Zuleta ha debido recurrir a otras fuentes, como su valiosa correspondencia, la entrevista con todos aquellos que han estado en disposición de proporcionarle alguna información relativa a su biografiado y, desde luego, a los estudios realizados hasta la fecha sobre la influencia del ideario de Henríquez Ureña, entre los cuales hay que mencionar los del colombiano afincado en Bonn, Rafael Gutiérrez Girardot. La principal aportación del trabajo de Zuleta es la de subrayar la coherencia de ese ideario a lo largo de su trayectoria vital y cómo la conformación del mismo en los años de la juventud no se ve alterada a pesar de las bajezas y las contra-

riedades sufridas. De más está anotar la delicadísima admiración con que se trata a PHU: está claro que con su estudio Zuleta se ha propuesto agregar el nombre del dominicano a la estirpe de los grandes hombres que conformaron el modelo del maestro y que son un perenne estímulo para quienes creen en el estudio y la formación como vía de perfeccionamiento moral. Un ideal arielista. Da la impresión de que, a costa de muchos sacrificios, Henríquez Ureña quiso hacer posible en sí mismo el sueño titánico de Rodó. Esa aristocracia del espíritu que, utópicamente, debía guiar a las naciones americanas. El reverso de

esta exquisita semblanza biográfica e intelectual proporcionada por Zuleta es otra impresión, no sé si complementaria, y es que Henríquez Ureña parece un hombre que, psicológicamente, vivió amurallado, embebido por el esfuerzo que requiere el deseo tenaz, casi sobrehumano, de querer dar cuerpo a un ideal. Y cumpliendo con su deber hasta el último día de su fatigada vida. El sentido del deber por encima de las contingencias de la vida: hay gente así. Y su ejemplo nos acompaña.

Anna Caballé